

BOSQUEJO BIOGRAFICO
DEL CIUDADANO
MELCHOR OCAMPO

233

042

1233

03

8

5042



1020002846



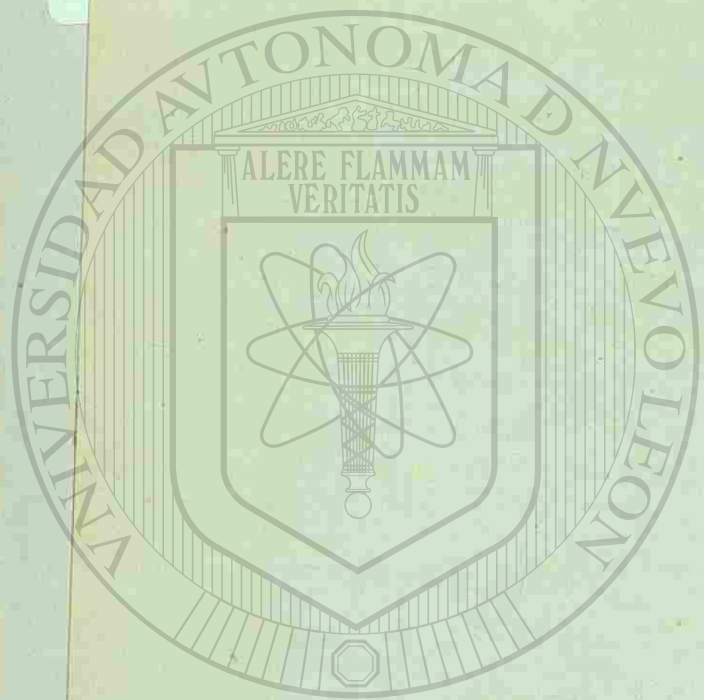
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



106042



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BOSQUEJO BIOGRÁFICO

DEL CIUDADANO

MELCHOR OCAMPO.

MORELIA: 1875.

IMPRESA DEL GOBIERNO EN PALACIO, A CARGO
DE JOSÉ R. BRAVO.

H. Diputado Sr. Ramón Guzmán

F1233

.03

R8



Al Sr. Diputado Sr. Ramon Gorman
dedica este ejemplar en prueba de res-
petuoso cariño

El autor.

LOS JÓVENES ALUMNOS

del

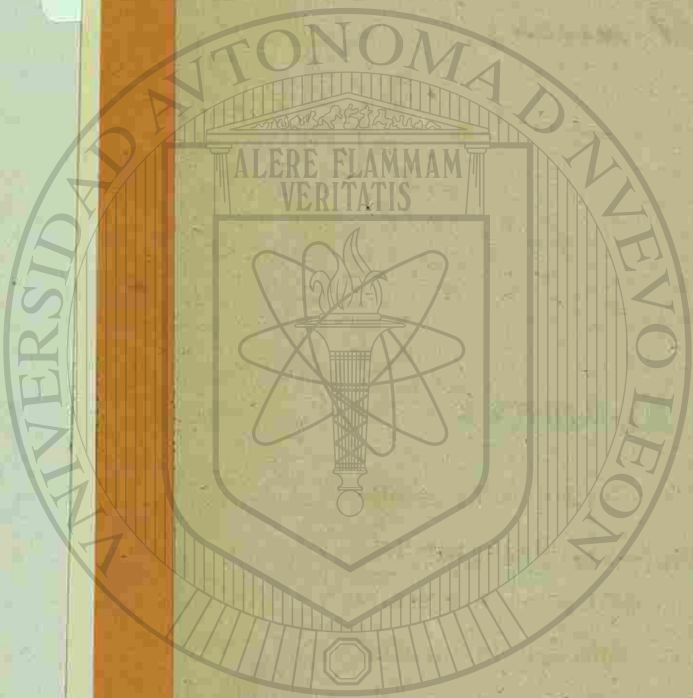
Colegio de San Nicolas de Hidalgo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



© 1901
F. RAMON DIAZ RAMIREZ



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

LA historia de los hombres filántropos es siempre sencilla y apacible. Le faltan las peripecias, las agitaciones, las aventuras que hacen interesante la de los que se han distinguido por las armas, por las exploraciones audaces ó por empresas arriesgadas.

La vida del guerrero es el curso del torrente que se despeña de los montes, desgajando árboles y arrollando los obstáculos que se presentan á su paso; en tanto que la existencia del sabio es la mansa corriente de un arroyo que va tranquila, fecundando la tierra y haciendo brotar flores por donde la vista solo contemplaba un desierto árido y triste.

A veces sin embargo, el hombre que por su ciencia se consagra á servir á la humanidad, aunque extraño á los horrores de la guerra, suele ser víctima de las pasiones políticas, solo porque proclama sus ideas á la sombra de una bandera bienhechora: á su lado ruje la tempestad de la envidia que, impotente para producir el bien, es por desgracia harto poderosa para sembrar la muerte con su hálito de destrucción.

Sócrates, Tomas Morus y tantos otros insignes filósofos que no tenían mas delito que soñar en la felicidad del mundo, cuando el mundo ni la comprendía, ni hubiera querido aceptarla, son el ejemplo de esta triste verdad.

México, nacion jóven, nacion llena de sufrimientos y víctima de los vaivenes políticos en los primeros años de su existencia como cuerpo social independiente, nos ofrece en la vida de Ocampo, una prueba mas de que el espíritu de partido, insaciable como el dios fatal del paganismo, devora sus propios hijos en una hora de criminal despecho y de funesta impotencia.

¿Quiénes fueron los padres de Ocampo? Una discrecion respetuosa, un acatamiento al silencio que sobre este particular se impuso siempre el mártir de Tepeji del rio, nos veda decirlo. Baste solo saber que su nacimiento fué el fruto de amores, ya que no legítimos, sí limpios de todo crimen. Su nombre debe estar registrado en una de las parroquias de la capital de la república, allá por el año de 1815. Su apellido, que no fué para él la herencia de nadie, es hoy una de las glorias nacionales, un timbre de esa nobleza que lega un hombre ilustre á la historia de su país.

Fué su madrina de bautismo la señora doña Francisca Tápia, dueño de la hacienda de Pateo en los alrededores del pintoresco pueblo de Maravatío. Aquella mujer, de una alma ardiente y generosa, dedicó toda su vida á la educacion del jóven Ocampo. Niño, le llevó á su lado; y allí, en las márgenes del fecundo Lerma, en aquellas poéticas colinas, en donde una Cérés exuberante premia cada año los trabajos del labrador, Ocampo imprimió á su alma el sello de un amor sin límites por la ciencia agrícola, que fué durante su vida su única pasion favorita, el elemento mas pode-

roso que tuvo “*para hacer á sus semejantes todo el bien posible.*”

En los primeros años de su permanencia en Pateo, aquel niño grave y meditabundo, se divertía jugando á *los jardines, á las siembras, á las tomas de agua, á las nivelaciones de terrenos.* Los peones le miraban con respeto, y su madrina entreveía para él un porvenir lleno de calma y bienestar, como es la vida que corre en el campo, agena á los trastornos políticos, dulce y dichoso estado que hizo decir á Fray Luis de Leon:

“Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sábios que en el mundo han sido.

Ay! aquella tierna madre no sabía que la muerte, guiada por la mano de un asesino, vendría á arrancar un día á su hijo adoptivo de aquellas fértiles praderas, de aquel sonoro río, de aquel tranquilo lago, de aquel espeso y misterioso bosque, para conducirlo friamente al cadalso.

El niño Ocampo marchó á México, y allí bajo el cuidado y vigilancia de su tutor el licenciado don Ignacio Alas, entró á la escuela; era este un buen establecimiento, situado en la calle de la Aduana vieja, bajo la dirección de un respetable é instruido maestro.

Por esos días, la nación había recobrado su independencia, y en todas partes se respiraba el deseado ambiente de la libertad. Una vida social, preñada de esperanzas, comenzaba para el país; y aunque imperfectos, los principios del alma democracia, saturaban las conversaciones particulares, las lecciones de la escuela y los estudios del colegio. El púlpito mismo hacía resonar las bóvedas del templo con los himnos de la victoria de un pueblo. He aquí las impresiones primeras del corazón de aquel niño. Desde entonces su existencia estuvo siempre consagrada á su patria, desde entonces guardó inextinguible en el pecho el fuego de un santo patriotismo.

El seminario conciliar de Morelia era en aquel tiempo el mejor plantel de instrucción de toda la república. Había entonces en esta ciudad un clero instruido, laborioso, liberal, que

llenaba con su prestigio las aulas del colegio. Afluía de todas partes la juventud mexicana que escuchaba de los lábios de los maestros los principios republicanos, que constituían el credo político de la época, época como se ha dicho, llena de esperanzas, no manchada todavía con los mezquinos intereses que más tarde se desataron como un huracán sobre la desgraciada patria. Nada extraño es en consecuencia que de este instituto clerical hayan salido grandes notabilidades del partido demócrata á desempeñar altos puestos en la federación y en los Estados.

Hemos entrado en estos pormenores, porque influyen también en la vida de nuestro Ocampo que venido de México, después de concluir sus estudios en la escuela, hizo en el Seminario de esta ciudad una brillante carrera, ocupando siempre los primeros lugares, respetado siempre de sus compañeros y considerado por los superiores de la casa.— Silencioso y meditabundo por naturaleza, se mantenía por encima de las burlas del colegial; pero cuando alguien quería molestarlo, disparaba sobre él una sátira terrible, á la vez que finísima, consiguiendo el doble objeto de alejar al importuno y de

no captarse un enemigo. Conocemos nosotros algunos de sus agudos chistes; pero los callamos, porque viven todavía las personas contra quienes fueron dirigidos.

Sin embargo del esplendor del Seminario y de su bien adquirida fama, la ambición del saber no tenía en aquel tiempo más horizontes que la profesión del abogado ó el estado eclesiástico. El señor Ocampo siguió el estudio de las leyes hasta obtener el título de bachiller en derecho. Entonces volvió á México para hacer la práctica en el bufete de un abogado distinguido.

No pasaremos adelante sin contar un detalle de su carácter que influyó decisivamente en el porvenir de su carrera.

La señora Tapia había muerto, nombrándole su heredero universal y haciendo el especial encargo de continuar hasta su conclusión un negocio judicial á que estaba afecta la hacienda de Patéo. El pleito se seguía contra un coheredero de la

testadora: se hallaba en estado de sentencia y era inconcuso que se obtendría un éxito favorable para el señor Ocampo. Cuando este vino de México, se informó de los derechos de su contrario y persuadido de que, cualesquiera que hubiesen sido los errores en la tramitación del juicio, en el fondo la justicia no estaba de su lado, contra la opinión y los deseos del abogado de la testamentaria, el señor Ocampo transigió el negocio y reconoció en su finca á favor de su contraparte un capital de veintisiete mil pesos.

El señor Ocampo no quiso concluir ya la carrera de abogado y se entregó con decidido empeño á los estudios de botánica, química, astronomía y agricultura para los cuales tenía una predilección llena de entusiasmo y de constancia. Entonces fué cuando adquirió los sólidos conocimientos en esas ciencias, que le grangearon en el país y en el extranjero su reputación de sabio naturalista.

Así iba corriendo tranquila en México la vida del señor Ocampo, ajeña á los embates de la política, no porque los destinos de su país le fuesen indiferentes, sino porque, extraño á la administración y enemigo del derramamiento de sangre, quería que sus

estudios llegasen á ser útiles á su patria por el aprovechamiento y explotación de las riquezas naturales.

Era la época en que se dieron á conocer los primeros síntomas de separación del importante territorio de Tejas, cuya pérdida para México no se debe más que á la intolerancia religiosa y á la política exclusivista del partido conservador. No faltaban entonces patriotas llenos de valor y de fe, que provocando la zafia del hombre funesto, por cuya causa tantas desmembraciones ha sufrido nuestro antes riquísimo y extenso territorio, levantarán la voz en favor de los colonos de Tejas, más bien dicho, en favor de los intereses nacionales.—Uno de ellos fué el señor Martínez Caro que reveló á la nación mexicana la oscura política de Don Antonio López de Santa-Anna y sus vergonzosos procedimientos en la acción de San Jacinto. Su folleto provocó la cólera del partido dominante y la muerte del folletista fué decretada. Una muerte misteriosa y traidora, según la práctica de los hombres prominentes de ese partido.

Una noche se verificaba una tertulia de familia en la casa del licenciado Alas. Ocampo que ha-

bia asistido á la reunion, salió á desempeñar un encargo de la esposa de su antiguo tutor. En vano se esperó su regreso durante toda la noche, en vano se le buscó en su casa al dia siguiente: Ocampo habia desaparecido y fueron inútiles las infatigables pesquisas que se hicieron para averiguar su paradero, hasta que un dia, un amigo suyo, el señor licenciado Luis Couto (á quien debemos la mayor parte de estos apuntes), recibió un papel súcio y ajado, en el que don Melchor le avisaba, que al salir de la casa del licenciado Alas habia sido asaltado por unos hombres desconocidos, habia recibido dos heridas en el costado izquierdo y se le conducia por caminos estraviados, ignorando el destino de este viaje misterioso.

Vamos ahora á decir lo que habia pasado. Martinez Caro, el autor del folleto contra Santa-Anna tenia un completo parecido con el señor Ocampo, y los asesinos officiosos ú oficiales al herir á este último, creyeron herir á la víctima designada. Cuando hubieron conocido su engaño dieron aviso, y entónces... habia que ocultar un crimen inútil. El señor Ocampo fué conducido á Veracruz, no faltó un nuevo Picaluga que llevase un pasajero, sin con-

sultarle su voluntad, y el navío levó anclas y se perdió en las llanuras del Atlántico.

Ya en el extranjero, el señor Ocampo, sin proferir una queja contra sus agresores, avisó el punto de su residencia y pidió recursos, que le fueron enviados de su hacienda. Entre tanto le llegaron, se ocupó en hacer traducciones, viviendo con la miserable suma que estas le producian.

Este viage imprevisto le sirvió para profundizar sus estudios en las ciencias naturales y para relacionarse con algunos sábios eminentes, que siempre le distinguieron con su amistad y que mas tarde le propusieron é hicieron aceptar como miembro de algunas sociedades filantrópicas ó científicas.

Estuvo en Paris, visitó la Italia, admiró los portentos de la industria y la actividad del comercio en Inglaterra y gozó con la ingente fecundidad de las tierras africanas. Siempre estudiando en el gran libro de la naturaleza, de dia en dia atesoraba las riquezas de la ciencia, estudiaba los instrumentos agrícolas de Europa y veia la práctica de las labores del campo.

Cuando volvió á su país, se habia contraido fuertes créditos por compra de libros y de útiles de la-

branza. Poco había permanecido el señor Ocampo en su hacienda de Pateo, de modo que en realidad no era conocido ni de los dependientes de la finca ni de los vecinos que habitaban en los alrededores. Se le aguardaba mas bien con curiosidad por conocer al viagero que por ver al nuevo propietario. Tan raros eran en aquel tiempo los viages á Europa, que esta sola circunstancia bastaba para que precediese á la llegada de Ocampo el prestigio de un interés, hasta cierto punto romanesco. Se sabia que era un agricultor consumado y que venia á implantar nuevas prácticas en el sistema rural. La rutina, siempre incrédula y envidiosa, hizo de esto, materia para burlas, que se acojian, sin embargo, con alguna reserva por los hombres instruidos de la comarca.

Así las cosas, una mañana se estendió la noticia de que el nuevo propietario de Pateo estaba ya en sus dominios. Todos espieron una oportunidad para hablarle, y todos le hablaron y todos le respetaron y le quisieron cordialmente. A los dueños de fincas circunvecinas les referia los progresos de la agricultura, les daba reglas para obtener dobladas las cosechas y les demostraba su sistema

con una convincente sencillez; á los peones les estimulaba con el ejemplo, les trataba como un padre cariñoso á sus hijos; á los pobres que acudian á el, llevados por la fama de sus bondades, les acojia con tal cariño y les despedia con tanta generosidad, que pronto el nombre de Ocampo era bendecido en muchas leguas á la redonda.

Era un dia de fiesta para él, aquel en que se veia rodeado de niños que le preguntaban cómo eran los paises que habia visitado, si habia luna y estrellas en aquel suelo y qué flores se recojian en aquellas tierras. Ocampo se aprovechaba de ese hermoso candor infantil, y su plática, llevada al alcance de sus pequeños interlocutores, se convertia en insinuantes lecciones de geografía, de astronomía y de botánica, que aquellos tiernos seres aprendian como la cosa mas natural del mundo, sin apercibirse de ello.

El elegante literato Jesus Echaiz cuenta que una vez, siendo muy niño, fué á llevar un recado de su ilustre padre don Mateo para el señor Ocampo. Habiendo penetrado al estudio con otro jóven de su edad, se olvidó de su encargo, divagado á la vista de aves, perfectamente disecadas y de librerros

cuajados de volúmenes que llamaban la atención por su abundancia y por el lujo de sus pastas. Uno de esos volúmenes sobre todos llamó la atención del niño. Era un gran libro de cortes dorados y Echaiz estendió involuntariamente la mano hacia el precioso ejemplar.

—*C'est votre affaire*, le dijo el señor Ocampo, es lo que ustedes necesitan, con ese libro van á divertirse mucho. Y sacándolo del estante, lo sacudió con un plumero encarnado y lo arregló en un atril sobre una mesa de madera fina.”

Los niños comenzaron á ver flores tan perfectamente pintadas, que las creían naturales y no daban crédito al filósofo que les decia que no eran mas que estampas.

“De improviso—dice Echaiz—al volver una hoja un poco mas gruesa que las demas, apareció á nuestros ojos un pájaro bellissimo, balanceándose sobre una rama y disponiéndose para cantar.

“Y desde aquel punto nos lanzamos en pos de las aves, cada vez mas divertidos hasta encontrarnos con el ave del paraiso, cuyo plumaje de oro nos llenó de admiracion, arraucándonos exclamaciones que atrajeron al señor Ocampo. No lo senti-

mos llegar y tuvo ocasion de oírnos establecer con toda formalidad, que el paraiso existía realmente y que algunos viajeros habian ido allá.”

Sonrió el filósofo y les dijo:

—En efecto, á la edad de ustedes existe el paraiso.

Bien pronto la reputacion de sábio del señor Ocampo pasó las lindes del distrito de Maravatío y se estendió por todo el Estado. En las elecciones de los años de 1843 ó 1845, el pueblo le llamó á ocupar un asiento en el Congreso general. Antes de marchar á cumplir su encargo, espidió una notable circular á los Ayuntamientos de Michoacan, pidiéndoles que le manifestasen sus principales necesidades y desenvolviendo un brillante programa, en el que ofrecia todo su empeño en favor de la instruccion pública, que desde entonces era ya su pensamiento dominante. En aquella circular se traslucian claramente las tendencias del jóven diputado á introducir la reforma en México por medio de un sistema mas ampliamente liberal.

Ese documento llamó sobre manera la atención pública en el Estado y dió á conocer lo que el señor Ocampo podia valer, rigiendo sus destinos. Desde entonces, el partido puro de Michoacan no tuvo otro candidato para el gobierno.

Su profunda instruccion, la firmeza de sus principios, su conversacion insinuante y amena, su trato finísimo, le grangearon bien pronto la amistad de cuantos en México figuraban en primer término en todas las clases de la sociedad.

Sin que sus discursos brillasen por la forma literaria, habia en ellos una argumentacion tan sólida, una tan clara esposicion de los principios y una lógica tan severa y tan convincente, que el señor Ocampo conquistó con mucha facilidad un lugar distinguido entre los oradores de la Cámara.

Estas brillantes dotes, que no siempre se encuentran todas reunidas en los hombres públicos, hicieron que mas tarde—12 de Agosto de 1846—el gobierno general le nombrase gobernador del Estado de Michoacan.—Recuérdese que este nombramiento emanó del gobierno establecido en México, en virtud del pronunciamiento en la Ciudadela del general Salas, contra la administracion conservadora de Paredes.

El partido liberal que veia invadida nuestra frontera del Norte por las armas americanas, que miraba avanzar á los conquistadores, sin que el gobierno de la nacion se ocupase activamente de la defensa, empeñado mas bien en conservar los intereses del bando que lo sostenia; se vió precisado á recurrir á la revolucion para organizarse y hacer frente á la lucha. Tomaron parte en ese patriótico movimiento hombres tan intachables como don Valentin Gómez Farías, y se proclamó de nuevo la Constitucion de 24, código imperfecto, pero que en aquel tiempo constituia la bandera de los republicanos.

Tales eran las circunstancias del país, cuando el señor Ocampo vino á encargarse del gobierno de Michoacan, acto que tuvo lugar el cinco de Setiembre del año citado.—Uno de los artículos del plan de Jalisco que derrocó á Paredes mandaba convocar al pueblo para las elecciones, tan luego como el país recobrase su libertad. Ocampo espidió aquí la convocatoria, y el 25 de Noviembre del mismo año, la 7.^a legislatura del Estado le declaró gobernador constitucional del mismo, por el voto casi unánime de los michoacanos.

Activo é inteligente, se dedicó sin descanso á reunir los elementos de guerra de que aquí podía disponerse para que Michoacan tomase dignamente la parte que le correspondia en la guerra contra los americanos.

Entónces se formó el batallon *Matamoros*, guardia nacional del Estado que tantos timbres alcanzó en aquella campaña y que tan firme apoyo fué, despues, de los principios liberales.

No por estar ocupado Ocampo en las cosas de la guerra, se olvidó de su pensamiento dominante: la instruccion pública. En medio de la penuria del erario, consiguiendo á aquella situacion, halló fondos para establecer escuelas; y por primera vez entonces, las grandes municipalidades de indígenas oyeron enternecidas la voz balbuciente del niño delectando el silabario.

Las ideas de patriotismo que tan puras y regeneradoras cundieron inmediatamente despues de la independencia, principalmente en los colegios, encontraban ya su mayor enemigo en las aulas seminaristas; y cuenta que en aquella época el clero tenía monopolizadas las cátedras. La gran cuestion de *la enseñanza laica*, era totalmente desco-

nocida entre nosotros; no solo, si alguien se hubiese atrevido á proponerla, fundándola en su importancia social y política, hubiera encontrado una resistencia tal que habria hecho inútiles todos sus esfuerzos. Ocampo que lo comprendia bien, pero que no vacilaba en llevar á cabo esta revolucion bienhechora, sin revelar el objeto de sus miras y ántes bien, como halagando las ideas del clero, reestableció el extinguido colegio de San Nicolas Obispo, á cuya historia están unidos los nombres de Fray Juan de San Miguel, D. Vasco de Quiroga, de Hidalgo y de Morelos: el 17 de Enero de 1847, se abrieron á la juventud las puertas de ese *instituto civil*, honor y gloria de Michoacan. Como un tributo á la justicia, debemos consignar aquí, que en esta empresa le fué muy eficaz la cooperacion del entusiasta doctor don Juan Gonzalez Urueña.

El señor Ocampo permaneció en el gobierno hasta el 29 de Marzo de 1848, en que admitida su

renuncia entró á sustituirlo el gobernador interino ciudadano *Santos Degollado*. Durante el desempeño de su encargo prestó importantes servicios á su patria en aquellas difíciles circunstancias. Alentó el patriotismo de los pueblos, envió dinero y armas para la campaña contra los americanos. Por algun tiempo y con licencia de la legislatura del Estado, se reunió en Querétaro con el gobierno general, emigrado de México, y allí como senador, para cuyo encargo habia sido electo tambien, ayudó con sus sabios consejos que no fueron escuchados del todo.

Ocampo queria, ó la paz con la dignidad, ó la guerra indefinida.

Hemos indicado que su permanencia en Europa le habia hecho contraer algunos créditos que unidos á los veintisiete mil pesos que reconocia en Pateo á favor de un coheredero de doña Francisca Tapia, importaban una suma considerable que el señor Ocampo quiso pagar, sin omitir sacrificio al-

guno. Con este objeto propuso en venta la referida hacienda, que compró el señor don Claudio Ochoa, habiéndose reservado su antiguo propietario una fraccion inculta que se llamaba “Rincon de Tafolla.” Libre de esos compromisos, se consagró á formar su nueva finca rural: tomas de agua, potreros para las sementeras, bosques, jardin, una modesta, pero poética casita; he aquí la Fereney del filósofo michoacano. Los viajeros que hacen el camino entre México y Morelia, nunca pasan por aquel sitio sin exhalar un suspiro á su memoria. Los que por primera vez transitan por aquel lugar preguntan cuál de aquellas haciendas pintorescas se llama Pomoca.

Pomoca, el anagrama de Ocampo, es el nombre de la humilde alquería.

Á pocos pasos corre un manso arroyuelo, cuyas márgenes están cubiertas por seculares y oscuros sabinos que forman un bosque misterioso. ¡Cuántas veces el sabio naturalista se entregaba á la sombra de aquellos árboles á meditar en el porvenir de su patria! Queria la regeneracion de esta, no por la fuerza de las armas en combates sangrientos, sino por medio de la instruccion que es el

bautismo purificador de los pueblos. Quería la prosperidad pública y el bienestar privado, no por la burocracia, sino por el trabajo libre, por el sudor del hombre, agua santa que fecundiza la tierra y hace producir la riqueza. Cáliz era su corazón, lleno de amor, y por eso le espartaban tanto las guerras civiles: y desde el fondo de su retiro, enviaba á su país, envuelto en los horrores de la revolución, aquella frase cristiana y sublime: “HABLANDO Y NO MATANDO ES COMO HABREMOS DE ENTENDERNOS.”

Pero si sus manos nunca empuñaron el arma fratricida, no por eso Ocampo esquivaba el combate. Campeón denodado del progreso y de la libertad de los pueblos, entraba con fe y con valor á la lucha, pero á la lucha de la inteligencia contra las preocupaciones, del derecho contra la tiranía. Su campo de batalla era el terreno de una leal y franca discusión. Sus folletos contra los abusos del clero y contra el despotismo del partido conservador eran para sus enemigos, armas terribles que iban á herirles siempre en el corazón, en tanto que para sus amigos eran páginas santas del evangelio de la Democracia. Sus escritos se leían con avi-

dez en toda la república y se conservan todavía como venerandas reliquias.

El año de 1851 vino lleno de agitaciones á presenciarse una de las luchas electorales más reñidas y de más oscuro éxito que hayan tenido lugar en el país. El partido conservador que se había aprestado á la contienda por medio de sus periódicos—en México con el *Universal* y en Michoacán con el *Sentido Común*—se presentó insolente y audaz en los comicios, haciendo jugar el prestigio de la religión y el poder del dinero, en favor de sus candidatos. Sin embargo de todo ese imponente aparato, los liberales obtuvieron un espléndido triunfo: el general Arista ocupó la silla presidencial, y el decreto de la legislatura de Michoacán que declaraba al ciudadano Melchor Ocampo gobernador constitucional del Estado, fué á sorprenderle en su querida Pomoca y á arrancarle de sus estudios tranquilos y de las gratas labores de sus siembras.

La derrota electoral del partido retrógrado produjo en este tal rabia de despecho é impotencia, que desde aquel tiempo puede notarse el furor con que el clero se ha lanzado á combatir á los liberales, ya gastando, como en la revolucion de Jalisco, sus cuantiosos tesoros; ya sosteniendo y casi deificando á Santa-Anna, el hombre mas funesto de México; ya haciendo levantarse al ejército contra la nación, como en las revoluciones de Puebla y como en el plan de Tacubaya; ya trayendo al extranjero para teñir con la sangre del mexicano los verdes campos de la patria, como en la intervencion francesa, ya como hoy en que ha armado el brazo del fanatismo, ora con el puñal del parricida, ora con la tea del incendiario.

Aunque el decreto de la declaracion estaba fechado en 28 de Febrero de 1852, Ocampo no tomó posesion de su encargo, sino hasta el 14 de Junio siguiente. Recordamos que su primera visita oficial —él la llamaba visita de familia— fué al colegio de San Nicolas de Hidalgo. Pasó revista á aquella juventud que él decia *su ejército*, dirijiendo algunas preguntas y algunas frases llenas de ternura á los estudiantes mas niños, á quienes nombraba *los cazadores*.

Dos meses despues, la guerra civil habia levantado su repugnante bandera en la capital de Jalisco y no tardó en vérsela aparecer en Michoacan, cargada con las nubes sombrías de un futuro borrascoso.

Llegó el 16 de Setiembre de ese año. Morelia se apresuró á celebrar con espléndidas fiestas el aniversario de la independencia nacional, y para dar mas realce al programa, la junta patriótica nombró orador al ciudadano Melchor Ocampo.

Estábamos ese dia confundidos entre los alumnos del colegio civil que asistian al acto oficial; vimos levantarse del sillón y salir de debajo del dosel al insigne patricio que subió á la tribuna y quedó frente á frente del retrato del Hidalgo. ¿Qué habia de simpática relacion entre esas dos grandes figuras de nuestra historia? No nos lo explicábamos entonces; pero nos parecia que las palabras de Ocampo hallaban una acojida protectora en la imagen del venerable anciano de Dolores.

El discurso del orador causó profunda sensacion en el Estado. Todavía hoy se citan sus palabras solemnes, sus frases sentenciosas y la energia del estilo. Pintó el cuadro sombrío de la situacion, es-

puso los peligros en que se veía envuelto el porvenir y conjuró al ángel de la union para que cobijase con sus alas al gran partido liberal. Estaban húmedos los ojos del tribuno, y la emoción arrancó lágrimas á los oyentes que se dispersaron silenciosos, agobiados de la mas profunda tristeza.

Ocampo reunia á toda prisa los elementos con que contaba Michoacan para combatir á los rebeldes; pero los vergonzosos tratados de Arroyo-Zarco y el impolítico golpe de Estado de Cevallos, introdujeron el pánico entre los liberales. Los acontecimientos se precipitaban y la confianza habia desaparecido. Hizo Ocampo renuncia del gobierno: el 24 de Enero de 1853 le fué admitida en el mismo decreto en que la legislatura le acordó un voto de gracias por el buen desempeño de su administracion.

Si Ocampo hubiera querido, el pueblo de Morelia que le amaba y le veneraba como á un padre, se habria levantado en masa contra la revolucion; pero antes que político, Ocampo era filósofo, y un derramamiento inútil de la sangre de sus hermanos, habria sido un remordimiento para su corazon.

Franquilo y sin afectacion ninguna preparó su

viage á la vista de todos, y aceptando los servicios del honrado, cuanto leal amigo suyo don Cayetano Gómez, marchó á la hacienda de San Bartolo, propiedad de aquel señor: desde allí escuchó el estrépito lejano de las armas, siguió la caida desastrosa del partido liberal y supo que se entronizaba en la nacion el gobierno militar de Santa-Anna.

De nuevo los solitarios bosques de Pomoca le vieron llevar sus pasos lentos, de la biblioteca al jardin, del jardin á las sementeras, de allí á la cabaña, donde alguno de sus peones se hallaba enfermo, para prodigarle sus consuelos, recetándole él mismo y proporcionando á la familia los medios de subsistencia que no podia entonces ministrarle el enfermo.

Todo un libro se necesitaria para referir los actos de caridad oportuna que ejercia con tanta frecuencia.

Un día se hallaba debajo de unos árboles á la orilla del camino, cuando llegaba á su hacienda un atajo suyo que le servia para trasportar las semillas.

Un peon que no le habia visto, exclamó:

—Con ese atajo seria yo feliz.

—Tómalo, es tuyo, contestó Ocampo, y haz porque se realicen tus deseos, pensando en tu familia.

Otra vez venia caminando de Tuxpan para Pateo en compañía del señor licenciado Luis Couto. Les sorprendió una tempestad desecha. El señor Couto se abrigó con un capote de hule y Ocampo se tapó con un magnífico zarape del Saltillo que acababa de comprar en ciento cincuenta pesos. Un pobre salió al encuentro de los dos viajeros, pidiendo una limosna. El señor Ocampo se quitó el zarape y lo ofreció al mendigo que asombrado le dijo:

—No señor, el zarape hace falta á su merced.

—Recíbelo. Yo voy á llegar á la hacienda y no lo necesito.

—Pero, dirán que me lo he robado, señor.

—Dí que yo te lo regalé.

El señor Ocampo sabia en efecto que al escuchar

su nombre, nadie podia dudar de la verdad del regalo.

El filósofo llegó á su hacienda, enteramente mojado, porque no quiso reservarse ni siquiera la mitad del abrigo.

Se cuenta que una tarde venia por el camino de México, montado en un mal caballo un viagero que revelaba estar sumido en la miseria. Ocampo que estaba parado en la puerta de su habitacion, conoció por el aspecto de aquel hombre que era una persona de educacion distinguida, victima de los azares de la fortuna.

—Caballero, le dijo al pasar, trae usted un caballo de raza pura que yo desearia poseer á cualquier precio.

El hombre aquel le miró, como quien desea saber si es el objeto de alguna burla.

—Hablo seriamente, continuó diciendo. Me llamo Ocampo, y sabe usted que poseo conocimientos en todos los ramos de la ciencia rural. Si usted gusta, escojerá un caballo de los míos y aceptará algo en dinero como ribete.

Ya que el viagero se persuadiera de que efectivamente su caballo era un árabe ó un andaluz de

sangre pura, ya que adivinase la manera fina con que Ocampo acudia á auxiliarlo, aceptó el trato y prosiguió su marcha.

Esta era la vida del filósofo, mientras la nacion sentia el peso de la tiranía que desplegaba entonces el dictador, vida dulce y tranquila que fué interrumpida repentinamente con una orden de destierro que obligaba á Ocampo á salir dentro de pocos dias para el extranjero. Otras órdenes obligaban á Degollado, Gonzalez Urueña, Garcia Anaya, Gabino Ortiz y otros michoacanos ilustres á marchar léjos de sus hogares.

Con Ocampo desplegó el tirano el lujo de su ferocidad. Una escolta le llevó hasta Veracruz. Los horribles calabozos de San Juan de Ulua le abrieron sus puertas, mientras venia algún buque que le condujera á las playas de los Estados-Unidos.

Amargos fueron para el señor Ocampo los dias del destierro. Falto de recursos, se consagró en la Bahía de San Luis y en la ciudad de Brownsville al oficio de alfarero, con cuyos productos pudo atender á sus gastos. Una de sus hijas, la esposa del señor Mata, le acompañó durante el tiempo de la expatriacion.

En los últimos dias de su gobierno habia pedido á Paris una factura de precios de los aparatos mas modernos para un gabinete de Física, regalo que queria hacer al colegio de San Nicolas de Hidalgo, á ese plantel que miraba como su obra predilecta. La factura vino cuando el filósofo iba á salir deportado; y no obstante que sus negocios sufrían en aquellos momentos un trastorno considerable, sacó de su finca los diez y ocho mil pesos que importaban las máquinas, y dotó al instituto civil con un gabinete que nada dejaba que desear en aquel tiempo.

El odio del bando conservador contra Ocampo no se contentó con verle abatido y pobre en el destierro. Se trató de confiscarle su hacienda, y con este motivo, el señor licenciado Francisco Benites le escribió á la Bahía de San Luis, pidiéndole instrucciones para salvar sus intereses. Ya se ha visto que Ocampo no tenia el menor apego al dinero; así es que contestó á Benites una larga carta, hablándole de su familia, del colegio de San Nicolas, de los recuerdos de la patria, y en unas cuantas líneas se ocupó de sus bienes, diciendo: que no se preocupaba de ellos, porque habia nacido desnudo y desnudo bajaría al sepulcro.

Entretanto, la bandera de la gloriosa revolución de Ayutla se paseaba triunfante por el territorio de la república: el pueblo mexicano se había levantado como un solo hombre contra el gobierno de Santa-Anna. De nada sirvieron á éste ni el apoyo decidido del clero ni el poder de su ejército de sesenta mil hombres. Aterrorizado ante la tempestad que se le venía encima, huyó otra vez á disfrutar en Turbaco los placeres que podían proporcionarle los inmensos tesoros sacados del país.

Don Juan Álvarez, ese Guillermo Tell de nuestras montañas del Sur, caudillo de la revolución de Ayutla llegó á Cuernavaca, en su marcha triunfal para México: allí investido del poder supremo de la nación, nombró el gabinete, encargando su presidencia y la cartera de relaciones al ciudadano Melchor Ocampo, espresion neta de las aspiraciones de aquella revolución regeneradora. La secretaría de guerra se encomendó al general don Ignacio Comonfort, el hombre mas popular entónces, por haber sido el mas afortunado en la campaña. Por desgracia Comonfort era uno de esos políticos de términos medios para quienes no llega nunca la hora de dar un paso decisivo,

comprometiendo así con sus vacilaciones la suerte de su país, carácter que era enteramente opuesto al del señor Ocampo. Trató este de aprovechar los momentos de la victoria, abriendo desde luego el camino de la reforma, *desideratum* del gran partido demócrata; pero Comonfort se opuso tenazmente á este paso que le parecia prematuro y arrastró del lado de su opinion á la mayoría del ministerio. Lleno de energía, le dijo Ocampo:

—Ó usted ó yo estorbamos aquí.

Pero como el mismo señor Ocampo lo decia, Comonfort estaba allí con el prestigio militar, por lo que comprendió aquel la inutilidad de sus esfuerzos y de nuevo se retiró de la vida pública, espidiendo á la nación un célebre folleto, intitulado, "*Mis quince dias de ministerio*," en que da cuenta de estos hechos.

Que Ocampo tenia motivos para no hacerse solidario de Comonfort, lo prueba demasiado el funesto golpe de Estado de 1857, que envolvió otra vez á la república en la mas sangrienta de sus guerras civiles.

Pero no nos anticipemos á los acontecimientos. Don Juan Álvarez habia renunciado su candi-

datura para la presidencia de la república, contento y satisfecho con haber convocado al pueblo para que eligiese un congreso constituyente, conforme á la solemne promesa del plan de Ayutla. La nación, deslumbrada por el brillo de las victorias de Comonfort, acudió á las ánforas electorales y depositó allí con entusiasmo el nombre del afortunado caudillo, llamándole á que rigiese sus destinos.

A la sombra de este gobierno irresoluto y tímido del porvenir, el congreso constituyente trabajó y espidió la carta fundamental de 1857 que ha destruido para siempre en la república el poder omnímodo del clero; porque cualesquiera que sean las emergencias porque pase este país, lo cierto es que el espíritu liberal de esa constitucion está ya inculcado en el pueblo. Podrá amortiguarlo un falso sentimiento de religion, bajo el pretexto de la libertad encadenada, pero esto mismo prueba que es ya la libertad un hecho consumado.

Ocampo habia sido elegido por muchos distritos para formar parte del congreso y éste le nombró miembro de la comision que habia de presentarle el proyecto de constitucion. Vease, pues, cómo

durante la vida de este ciudadano ilustre, su nombre está asociado á las grandes ideas y á los grandes acontecimientos de la patria.

La historia del congreso constituyente, escrita por el distinguido publicista Francisco Zarco, da á conocer qué importante participio tomó Ocampo en la redaccion y en las discusiones de un código político, eminentemente liberal, que ha colocado á México á la altura de las naciones mas civilizadas del mundo.

Supo el clero aprovecharse de la debilidad de aquel gobierno y hacerlo fácil instrumento de sus maquinaciones, y logró arrojarlo mañosamente en un camino estraviado y criminal; pero Comonfort, asustado de su propia obra y viendo que el golpe de Estado, léjos de servir á los intereses que se propuso, habia entregado la situacion en manos del partido reaccionario neto, puso en libertad al señor Juarez, Presidente de la Suprema Corte de Justicia, quien con la constancia y el

patriotismo que eran en él naturales, organizó el gobierno y formó un gabinete liberal, compuesto de los señores Ocampo, Arriaga y Miguel Lerdo.

Muy pronto el partido clerical se adueñó de la mayor parte del territorio, siendo pocos los Estados que, como Michoacan, Guerrero y Veracruz, conservaron una actitud imponente. Todo hacia creer en el triunfo del plan de Tacubaya; mas el gobierno legítimo, fiel á su bandera, en medio de tantas adversidades, era el centro de los liberales y procuraba á todo trance conservar y salvar el depósito que tenia confiado.

Se estableció primero en Guanajuato, y amagada esta capital por el ejército de Osollos, se trasladó á Guadalajara, en donde una traicion puso en inminente riesgo la vida de sus altos miembros. Allí fué donde la elocuencia de Guillermo Prieto y del señor Ocampo supo desarmar á los asesinos, hacer caer de sus manos los fusiles, próximos á hacer fuego y arrancar lágrimas á los ojos de los soldados, que un momento antes brillaban con la expresión siniestra del crimen.

Aquel gobierno errante se dirigió en seguida al Manzanillo y embarcado con rumbo á Panamá, lle-

gó algun tiempo despues á los muros de la heroica Veracruz.

Entonces comenzó para Ocampo la época mas gloriosa desu vida. Identificado con hombres como Juarez, Ruiz y Lerdo, ningun obstáculo se presentó ya para llevar á cabo su grande y soñada obra de la reforma.

En medio del estallido de la guerra y cuando mas fuerte rugía el cañon reaccionario, el gobierno de Veracruz, el gobierno legítimo, hacia sentir el poder de su influencia moral con la expedicion de una ley de reforma, una hoja de papel que iba á debilitar la fuerza del partido usurpador, al dia siguiente en que sus armas habian obtenido alguna espléndida victoria sobre los batallones liberales.

Márquez, Miramon, Robles Pezuela, Zuloaga, paseándose orgullosos y vencedores por toda la república, seguidos de un numeroso y brillante ejército, ¿qué eran, qué valian ante el creador talento de Ocampo?

Las leyes de reforma, minando el poder del clero, á la vez que alentando las esperanzas del pueblo, destruyeron aquel gobierno efimero, cuya estrella de tres años se eclipsó para siempre en la batalla de Calpulálpan.

Juarez, aquel hombre extraordinario que llena con su nombre tantas páginas brillantes de nuestra historia, quiso que Ocampo fuese el primero en ocupar la capital de la república, y le envió á ella investido de facultades extraordinarias en todos los ramos, nombrándole ministro universal. Acto de oportuna justicia, porque en aquella guerra se habian conquistado los principios de la reforma, y á Ocampo correspondia en cierto modo recibir el primero las ovaciones del pueblo agradecido.

A él tocó, pues, en suerte promulgar en México aquellas famosas leyes que fueron recibidas con el entusiasmo de un regocijo sin límites.

Los actos mas notables de su ministerio fueron la ejecucion de esas mismas leyes; el decreto, haciendo responsable al clero de las pérdidas y desgracias de aquella guerra civil; el destierro de los obispos, y la espulsion de los ministros extranjeros que se habian inodado en la política interior, favoreciendo al gobierno reaccionario, medida enérgica y severa que demuestra cuánto sabia apreciar la dignidad de su país.

Ocampo que creyó haber concluido su mision de hombre público puso su renuncia de ministro; y

aunque se le instó repetidas veces para que admitiera la pingüe direccion del Monte de Piedad, empleo que parecia adecuado á su carácter filantrópico, todo lo rehusó, retirándose por última vez á su deliciosa hacienda de Pomoca.

Cuenta la fábula que Licurgo, despues de haber dado á Esparta una sabia legislacion que hizo la gloria de aquel pueblo, llamó á los ciudadanos y haciéndoles jurar que observarían estas leyes hasta su regreso, se ausentó de su patria y no volvió jamás.

Oh! si nosotros pudiésemos tender el velo de la ausencia sobre los últimos dias de Ocampo, la pluma no se caería de nuestras manos ni rebotaría en nuestro corazón la sed de la justicia no satisfecha! ¡Aun viven los instigadores del crimen, existen todavía impunes los verdugos del mártir!

Al lado del cadáver ensangrentado, la historia ha puesto las antorchas luminosas de la verdad. Al esplendor de esos cirios se ve un cuerpo acrí-

billado por las balas y en el cuello de la víctima la huella amoratada de una cuerda.

Un oscuro tribunal, reunido de noche bajo las bóvedas de un templo, decretó la muerte del reformador. Las bandas de Márquez y de Zuloaga que mantenían en las montañas los horrores de la guerra civil, esperando el día en que la traición arrojase á nuestras playas ejércitos extranjeros, cuyo auxilio entonces se mendigaba en Europa, fueron los verdugos nombrados para consumir el frío y largo tiempo meditado crimen.

La vida agitada del filósofo que durante algunos años le había tenido separado de sus negocios, sus gastos precisos y sus constantes obsequios á los pobres, como sus continuadas donaciones á la instrucción pública, todo había disminuido sensiblemente su capital, y realizadas ya sus aspiraciones políticas, pensó en consagrarse de nuevo al trabajo del campo y en restablecer su fortuna para formar el porvenir material de sus hijos.

Otra vez las fértiles campiñas de Pomoca se sintieron fecundar ante la mirada de aquel genio, que así sabía conducir el arado por las sembreras, como roturar una tierra virgen, en el

campo de la política para que brotasen ideas generadoras.

Léjos del bullicio del mundo, Ocampo se formaba una vida aparte, con sus libros, con las flores de su jardín, con los árboles de su parque, con las llanuras de sus trigales, sobre los cuales una brisa perfumada hacía undular olas caprichosas y juguetonas. Un cielo sin nubes dejaba entrever horas de felicidad y de calma.

Pero las horas de felicidad y de calma pasan fugitivas por el cielo de nuestra vida como brillantes meteoros que apenas nos dejan vislumbrar su huella luminosa.

Una mañana; eran los últimos días de Mayo de 1861, la hacienda de Pomoca se vió rodeada de soldados: un oficial español, seguido de un pelotón de ellos, se introdujo á la sala y se apoderó de don Eutimio López, creyendo apoderarse del dueño de la finca. La tropa iba ya á retirarse, conduciendo á su prisionero, cuando salió Ocampo que se hallaba en las piezas interiores y había sabido la presencia de los reaccionarios y la prision de su amigo, cuyo silencio tenía por objeto salvar al filósofo, persuadido de que su muerte estaba decretada.

—¿A quién buscan ustedes? preguntó don Melchor lleno de tranquilidad.

—A Ocampo, respondió Lindoro Cajigas, comandante de la fuerza.

—Yo soy Ocampo, llévenme ustedes y dejen libre al señor, que está aquí de visita.

Cajigas ha de haber agradecido, no comprendiéndolo, este acto de heroísmo y de honradez; y sin permitir que su víctima tomase algunas monedas, un abrigo, ni siquiera su sombrero, dió la orden de marcha.

En la noche llegó la fuerza aprehensora á Maravatío. Aquel pueblo que siempre se ha hecho notar por sus simpatías al partido conservador, pero que amaba á Ocampo y respetaba sus virtudes, triste y lloroso no omitió ofrecimiento ni sacrificio alguno para libertar ó para consolar al ménos al ilustre prisionero.—El señor don Antonio Balbuena, arrostrando los ultrajes de la soldadesca, intentó dar á Ocampo los recursos que necesitaba, lo que no le fué concedido.—Los jóvenes Urquiza proyectaron horadar la prision y sacarlo en el silencio de la noche; pero desistieron de su intento, porque el preso tenia dos centinelas de vista

con la orden terminante de matarlo, ai menor movimiento que sintiesen. La ejecucion del crimen y los medios de consumarlo estaban maduramente previstos y asegurados.

Al dia siguiente, la tropa emprendió su camino para Tepeji del Rio. Los vecinos de Maravatío pensaron armarse y arrebatár al señor Ocampo de las manos de sus verdugos; pero los retrajo el temor de comprometerlo mas bien que salvarlo.

Ocampo llegó á Tepeji el dia 3 de Junio, fué presentado á Márquez y desde luego comprendió que su muerte estaba decidida. Se le preguntó si queria un confesor, y como lo rehusase, fué conducido á su prision y rodeado de centinelas.

Durmió tranquilamente algunas horas, habiendo sido preciso despertarle cuando llegó el momento fatal.

—¿Ya es hora? preguntó sin que en su fisonomía se notase la menor alteracion. Se arregló su abundante cabello y pidió recado de escribir.

Los soldados estaban admirados de tanto valor. Jamás habian visto serenidad como la de aquel hombre.

Escribió su testamento que publicamos despues

de este bosquejo, y con paso firme se dirigió al lugar de la ejecución: allí pidió de nuevo la pluma y el tintero, y sobre el tronco del árbol en que fué colgado después de su muerte, escribió su último pensamiento, al calce de la memoria testamentaria. Es el legado de su biblioteca al colegio de San Nicolás.

Después apoyó sus manos en el tronco de aquel árbol, reclinó sobre ellas su cabeza y oró algunos minutos.....

Una descarga de fusilería segó su vida tan fecunda en bienes para la patria.

Así murió Ocampo que “hizo por la felicidad de su país cuanto en conciencia creyó que era bueno.”

¿Cómo sabreis pagar vosotros, jóvenes alumnos del colegio que él tanto amó, vuestra deuda de gratitud á su memoria?—Imitando sus virtudes, conservando siempre su recuerdo.

La noticia del horrible asesinato circuló rápidamente en la república.

Las personas sensatas de todos los partidos vieron en ese hecho el resultado de una negra venganza, ejercida por la facción clerical contra un hombre pacífico, enemigo del derramamiento de sangre; pero sobre quien pesaban el odio de las preocupaciones y el furor de la intolerancia religiosa.

Cuando se supo en la capital el infausto suceso, la sociedad entera se sintió sobrecojida de horror contra los asesinos y el nombre de Ocampo se transmitía de boca en boca, en medio de un silencio profundo, como el de un mártir bendecido.

Nadie podrá describir la indignación que la noticia produjo en el ánimo de los diputados. La colera estalló en todos los bancos del congreso y no se oían mas que gritos de venganza. Se votó en el acto una ley que señalaba precio á las cabezas de Márquez, Zuloaga, Mejía y Cobos, se espidió un apasionado decreto contra los plagiarios, en cuyo número fueron comprendidos los ejecutores del crimen de Tepeji del Rio y se aprobaron otras disposiciones que tendían á poner fuera de la ley á los asesinos. El ilustre ciudadano Santos Dégollado, preso entonces á disposición del gran jurado, se presentó á la Cámara y hondamente conmovido

pidió y obtuvo el permiso de ir á batir á los verdugos, “para vengar la muerte de su hermano.”

Pocos dias despues el mismo Degollado caia en manos de los reaccionarios y era horrorosamente mutilado.

El cadáver de Ocampo fué conducido á México, depositado primero en el hospital de Terceros y puesto luego á la espectacion del público en el Palacio Municipal: allí se hizo la autopsia y se separó el corazon para enviarlo á su familia. Personas veraces que han visto despues el corazon aseguran que se le notan dos pequeñas cicatrices, tal vez de las heridas que recibió Ocampo al ser confundido con el señor Martinez Caro.

En la tarde del dia 6 de Junio, una inmensa comitiva, formada del presidente, de los diputados que habian cerrado ese dia sus sesiones, de los ministros, el ayuntamiento, los colegios, los empleados y un considerable número de personas de todas clases, acompañó al cadáver, á pesar de una fuerte lluvia, á su última morada. La procesion fúnebre desfiló por las calles de Plateros, San Francisco, Santa Isábel y la Mariscala, hasta San Fernando. Los restos del señor Ocampo están depo-

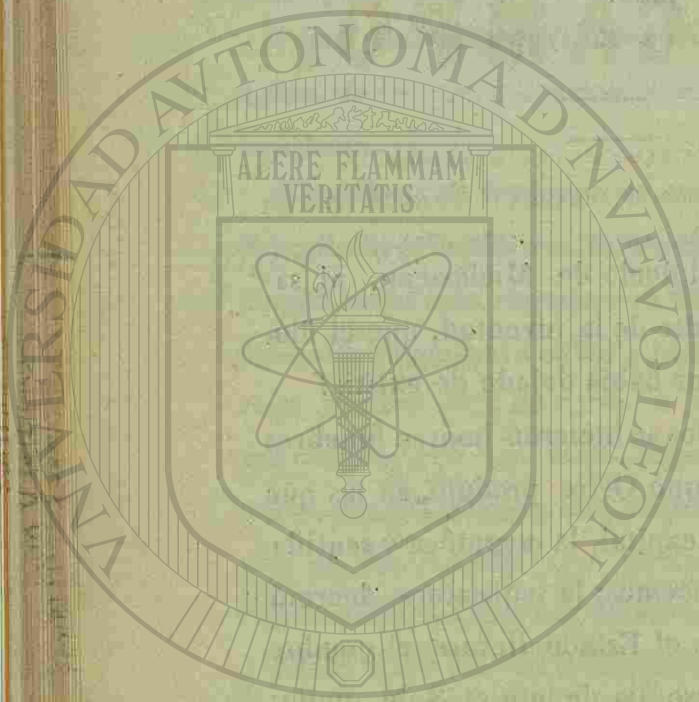
sitados frente al sepulcro que guarda los de don Miguel Lerdo de Tejada.

¿Para qué decir el duelo de Michoacan, al saberse aquí que el padre de la juventud, que el filósofo, que el benefactor habia dejado de existir?

En todos los pueblos se hicieron honras fúnebres á su memoria,—Gabino Ortiz produjo, en las que se verificaron en esta capital, la magnífica y sentida elejía que todos conocemos; la legislatura decretó el 17 de ese mes que el Estado llevase el nombre de Ocampo y que fuese dia de luto el 3 de Junio, conmemorándose cada año el dia aciago que nos arrebató al mas ilustre de los michoacanos.

Eduardo Pouiz.

MORELIA, JUNIO 3 DE 1875.



PENSAMIENTOS DE OCAMPO.

La publicidad es la mejor de las garantías en los gobiernos. Si cada hombre público diese cuenta de sus actos, la opinion no se estraviaria tan fácilmente sobre los hombres y sobre las cosas.

Mi carácter es tal, que prefiero quebrarme á doblarme.

Recordad que si todas las virtudes son útiles en su caso, la beneficencia lo es en todos; que ella nos vivifica y es la que nos asemeja á la Divinidad.

Hay quien cuestione si la independencia de México fué un beneficio para nosotros. Decidle que no, si es de los que apetecen un amo, porque estos lo necesitan: no se sienten capaces de obrar por sí, se reconocen pupilos, confiesan que aún no son hombres. Hacedlos depender del Rey su amo.

Se necesita un fondo generoso, una gran veneracion por la justicia y cierta abnegacion para reconocer todos los beneficios y confesarlos en toda su magnitud.

¿Quereis ser independientes? Aprended, trabajad, economizad.
¿Quereis que México lo siga siendo? ¡Unios!

EL C. LUIS COUTO, Gobernador y Comandante Militar del Estado de Michoacan de Ocampo, á sus habitantes, sabed, que:

En uso de las amplias facultades de que me hallo investido he tenido á bien decretar lo que sigue:

Núm. 32.—Art. 1.º Se eleva á testamento solemne la memoria privada que otorgó el Ilustre Ciudadano Melchor Ocampo, cuyo tenor es el siguiente:

“Próximo á ser fusilado, segun se me acaba de notificar, declaro que reconozco por mis hijas naturales á Josefa, Petra, Julia y Lucila y que en consecuencia las nombro mis herederas de mis pocos bienes.

“Adopto como mi hija á Clara Campos, para que herede el quinto de mis bienes, á fin de recompensar de algun modo la singular fidelidad y distinguidos servicios de su padre.

“Nombro por mis albaceas á cada uno in sólidum et in rectum á Don José María Manzo de Tajimaróa, á Don Estanislao Martínez, al Lic. Don Francisco Benites, para que juntos arreglen mi testamentaria y cumplan esta mi voluntad.

“Me despido de todos mis buenos amigos y de todos los que me han favorecido en poco ó en mucho y muero creyendo que he hecho por el servicio de mi país cuanto he creído en conciencia que era bueno.

Tepeji del Río, Junio 3 de 1861.—*M. Ocampo*

“Firman este á mi ruego cuatro testigos y lo deposito en el Señor General Taboada, á quien ruego lo haga llegar á mis albaceas ó á Don Antonio Balbuena de Maravatío.

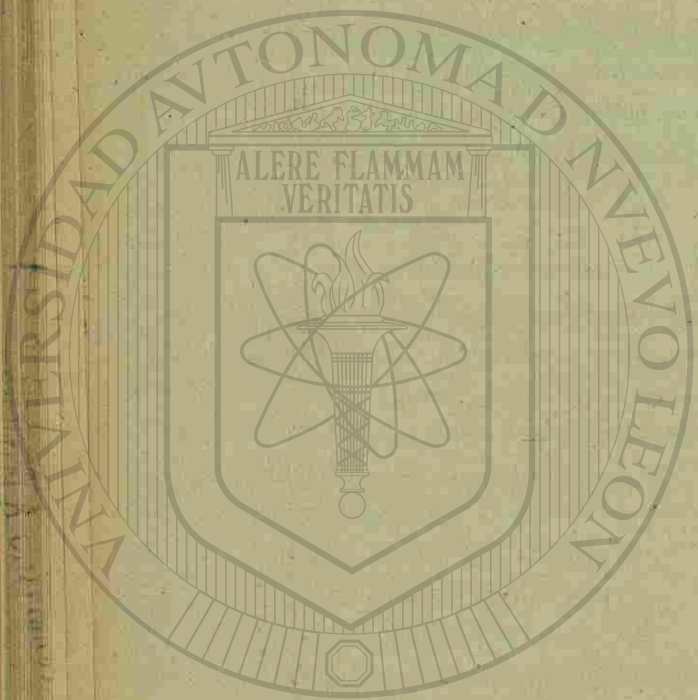
“En el lugar mismo de la ejecucion hacienda de Tlaltengo como á las dos de la tarde, agregó que el testamento de Doña Ana María Escovar está en un cuaderno en ingles entre la mampara de la sala y la ventana de mi recámara.

“Lego mis libros al Colegio de San Nicolas de Morelia, despues de que mis Señores albaceas y Sabás Iturbide tomen de ellos los que les

gusten.—*M. Ocampo.—J. I. Garcia.—Miguel Negrete.—Juan Calderon.—Alejandro Reyes.*”

Art. 2.º En virtud de lo prevenido en el artículo anterior. este testamento surte todos los efectos civiles, conforme á las leyes.

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento. Palacio del Gobierno de Michoacan de Ocampo Morelia, Setiembre 15 de 1863.—*Luis Couto.—Bruno Patiño, Secretario.*

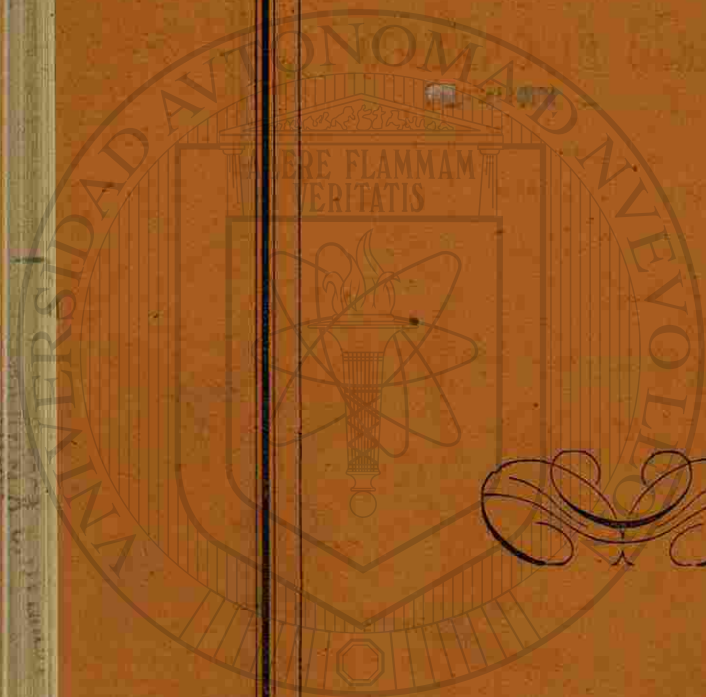


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA





UNANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

F
R

10